



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

E. MARQUINA

EL RETABLO DE AGRELLANO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 170

1914

099692

32848



12660
A7
R46

862
M.
PQ6623
A7
R46

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright 1914 by Eduardo Marquina.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra se estrenó en Oviedo, en Octubre de 1913, con el siguiente reparto:

PERSONAJES

ACTO

CORDALIA	MARIA GUERRERO.
LA GAIFERA.....	ELENA SALVADOR.
MARI VERBENA.....	MARIA F. LADRÓN DE GUE- VARA.
ESCORPINA.....	CARMEN RUIZ MORAGAS.
MARI SÁNCHEZ.....	AVELINA TORRES.
QUITERIA.....	MATILDE BUENO.
CENTENA.....	SEÑORA BOFILL.
MONSEÑOR ALEPO....	DIAZ DE MENDOZA (F.).
D. FELIX DE AGRE- LLANO.....	DIAZ DE MENDOZA (M.).
MASTE BLAS.....	ERNESTO VILCHES.
DRAGONEL.....	SEÑOR COVISA.
TIMONEDA	PEDRO CODINA.
CETINA.....	SEÑOR JUSTE.
ARCANGEL SAN MI- GUEL.....	CARMEN JIMÉNEZ.

Brujas, Monteros, Cuadrilleros de la Santa, Hombres y mujeres del pueblo, etc., etc.

La Acción, los principios del Renacimiento español, reinando Carlos V.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MÉXICO

PRÓLOGO

Los claustros de una vieja iglesia de convento en Agrellano, pueblo imaginario de las Castillas. Visible unicamente un rincón del claustro. A la derecha, la puerta monumental de la iglesia. En el fondo, detrás de una verja caladísima, elegante, y de enmarañada ferrería gótica, un retablo, de talla castellana, representando diversos pasos de la leyenda de San Miguel. En el centro del retablo, prolijamente estofadas y policromadas, dos figuras, en la actitud que consagró la tradición, representan la lucha del Arcángel y el Diablo. Viste el primero coraza y atavíos de legionario romano; el Diablo, á duras penas vencido á sus pies, arreos y armas de caballero principal. Dos cirios encendidos, en la mesa del altar, hacen que se destaque completamente el rostro del Maldito. En sus ojos agniza, con inmenso dolor, la más soberana ambición de gloria perdida que alentó jamás en alma creada.

Son las últimas horas de una tarde de invierno; lo que quiere decir que la noche está cerrando. El color del cielo, entrevisto por los arcos del claustro, es más bien sangriento que dorado.

Sentadas en las gradas, que calzan la puerta de la iglesia y la verja estupenda del retablo, hasta cinco ó seis viejas mendigas, beatas y brujas, de greñas grises, tocadas de mantos negros, pasan rosarios y murmuran.

Un poco apartada, en pie, inmóvil, contra uno de los

pilares del claustro, tapada la cara casi enteramente en su manto, Cordalia tiende su mano á los devotos que salen de la iglesia, pidiendo la limosna.

Se oyen los últimos murmullos y preces de vísperas, cada vez que abre la puerta y atraviesa la escena, para salir, alguna devota, sola ó acompañada de dueña ó rodrigón. Algunas se detienen á murmurar, delante de Cordalia palabras de excusa piadosa. Las más pasan sin verla y desaparecen por la lateral derecha.

QUITERIA

Que se acercó, andando encorvada,
á CORDALIA.

Hermana, hay sitio en las gradas,
si le aprietan calambres en las piernas.

CORDALIA

Gracias; aún puedo más... Sangrar querría
de todos mis dolores
y todavía, no extender la mano
yerma; sino mi corazón en ella,
tan abierto y tan roto
como lo tiene mi mala ventura,
á que lo vieran pasando...

Con voz de sincero dolor, á dos devotas que pasan, sin mirarla.

“¡Por el amor de Dios, señoras damas!
—pero no lo ve nadie.

QUITERIA

Volviendo á ocupar su sitio en las
radas.

¡Pobre!

MARI SÁNCHEZ

¡Déjala!

CORDALIA

¡Antaño hacían iglesias de piedra
para guardar á Dios,
y—Él me perdone—hoy los cristianos tienen
de piedra el corazón!

Pasa otro grupo de devotas.

“A la madre infeliz... á la coitada!...
»¡por la hija buena, que Dios la prospere!
»¡por la pasión de Cristo!
»¡por la Madre de Dios, que es nuestra madre!
»¿quieren hacer un bien?...”—¡Ninguno quiere!

QUITERIA

¡Se mete en las entrañas!

MARI SÁNCHEZ

Ella sufre
 porque quiere sufrir; moza y de prendas,
 si me escuchara á mí...

CENTENA

¿Fué su buen paso,
 su encuentro en la vereda
 con don Lope de Arráez, el morisco?

MARI SÁNCHEZ

Fué su paso cabal; los meses justos,
 y en estas mismas manos, que la tierra
 se ha de comer, nació, hará unas noches,
 el fruto de su amor.

QUITERIA

¿Amor le llamas
 á semejante forzada?

CENTENA

Cuentan

que traía el don Lope, en las dos manos,
 dos dagas.

MARI SÁNCHEZ

Ella tiene
 de una punta de daga, en cada seno,
 rota la piel. Y, para mí, las dagas
 tenían unto de beleño ú de otra
 soporífera mezcla y la durmieron;
 porque ella no recuerda; muchas veces
 traté de interrogarla y no recuerda.

CRISTOBALONA

¡Raro caso!

MARI SÁNCHEZ

Además, hay otro indicio...

CORDALIA

A otras dos fieles devotas que pa-
 saron; siguiéndolas y saliendo con
 ellas por la lateral derecha.

“¡Por la hija sin pañales de Cordalia!”

QUITERIA

Cuenta, la Mari Sánchez...

MARI SÁNCHEZ

Ya van días
pasados que ella es madre y, cabalmente
como si las heridas que os he dicho
hubieran producido una ponzoña
que le alteró la sangre, aún tiene el pecho
de doncella.

CENTENA

¡Es prodigio!

MARI SÁNCHEZ

La constante
ley de Naturaleza quebró en ella;
y enjuto el pecho está, que no parece
reconocer lo que ha engendrado.

CRISTOBALONA

¡En todos
mis años, largos ya, no he visto caso
que pueda comparársele!

MARI SÁNCHEZ

Es martirio
que sobrepuja al más horrible, el suyo;
porque la pequeñuela,
como una florecica
tronchada, que no allega
savia de la raíz, ya no le tiene
fuerzas para llorar. Dobló en la almohada
de juncias, que le han puesto,
la cabecita exánime; y cataras
que ya parece mármol, en su misma
sepultura, yacente; sólo vieras
sus dos ojos abiertos, tan abiertos
como la hambre los pone en los mendigos.

CENTENA

Es castigo de Dios.

QUITERIA

Es, por lo menos,
permisión de lo alto.

MARI SÁNCHEZ

¡Son las dagas
que traían veneno y le cegaron
las fuentes de la vida!

GAIFERA

Con voz dura; todas se vuelven á mirarla.

¡Es maleficio

de labios que podían
y que, tal vez, le echaron
las suertes en el pecho!

MARI SÁNCHEZ

¡Acabe, dueña!

¿por qué habla así?

QUITERIA

¿Quién es?

CENTENA

¿Con qué intenciones
mentó la hechicería?

CRISTOBALONA

¿Es que ella ignora?...

QUITERIA

¿Quién es?

MARI SÁNCHEZ

No la conozco; esconde el rostro
del manto derribado en los repliegues
y, por el habla, no la cato.

CENTENA

Curiosa, acercándose á la desconocida.

Acabe:

¿sabe algo en los amores de don Lope
con la mendiga?

GAIFERA

Puesta en pie; se la observa alta de
talla y arrogante entre las otras viejas,
corvas y arrebujadas.

Lo que importa y basta.
Ni más que aquí habéis dicho, ni á más vine
que á escucharos. Cordalia le aborrece;
y esto sólo me alegra... ¿Vos pensábais

¹ Hablando á todas ellas, que la escuchan sobrecogidas.

que era don Lope, en su castillo, el lobo
de Agrellano?... ¿Pensábais
que era don Lope, en su castillo, el dueño
de una mujer, á quien engaña y befa,
por la Cordalia, una mendiga? ¿Acaso
se os olvidó de esa mujer el nombre?
¿sentíais compasión de la burlada?
¡no; no hagáis tal! ¡vos engañáis!

Señalando á través de los arcos de
claustro.

Aquélla
mole negra es el pueblo; allá, entre chopos,
rampa el camino; allá está el monte; en lo alto,
no es castillo el que veis; es madriguera
de un zorro de morisco renegado,
que morirá esta noche!

Tiende el brazo, amenazante.

¡Por la punta
del cuchillo de Abraham, la vez primera
que amenazó á su hijo!

MARI SÁNCHEZ

Horrorizada, como todas las demás,
y santiguándose.

¡Echó la suerte!

CENTENA

Toda temblorosa y acercándose á
la desconocida.

¿Es no más para daño?

GAIFERA

¡Es para muerte!

MARI SÁNCHEZ

Decid, dueña ¿quién sois?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GAIFERA

Echa atrás el manto negro, por don-
de viene á descubrirse una recia ma-
trona, todavía hermosa, que parece
persona principal, por las joyas que
rodean su garganta desnuda y por la
riqueza de sus vestidos que asoman
bajo el manto.

¡Yo!

MARI SÁNCHEZ

¡La Gaifera!

Con asombro y con temeroso res-
peto.

GAIFERA

La misma; en mala noche, mal casada
 con don Lope el morisco y de él burlada.
 Los casos que á éste sigan
 serán tantos y tales
 que, en diez lustros de sangre, no los digan
 vuestras lenguas mortales.
 ¡Saldrán á señalarme con la mano
 por los caminos; segaré á granel
 la mies en Agrellano!

MARI SÁNCHEZ

Temerosa, en voz baja.

¿Quieres vengarte de Cordalia?

GAIFERA

¡Y de él!

MARI SÁNCHEZ Y CENTENA

¡Horror!

Vuelve á aparecer, por la derecha,
 CORDALIA.

CRISTOBALONA

A la GAIFERA, que quedó arrodillada
 delante del retablo y como absorta.

¡Cordial!

GAIFERA

Se ha puesto en pie.

¡Ya fijé su estrella!

CENTENA

¿Qué dice?

GAIFERA

Derriba el manto otra vez y queda
 oculta en sus pliegues; á las viejas
 con voz de imperio.

¡Sola he de quedar con ella!

Todas las viejas, sin atreverse á
 replicar, irán saliendo.

CENTENA

A MARI SÁNCHEZ.

¡Vamos!

MARI SÁNCHEZ

A CRISTOBALONA.

Solo está el claustro; se ha dormido
Máste Blas, el acólito... Ella, hermana,
¿qué piensa de este caso?

CRISTOBALONA

Que el sentido
se me llenó de miedo.

CENTENA

En cosa humana
jamás vi tanto horror.

Pasando por delante de CORDALIA.

Hasta mañana.

CORDALIA

¡Dios la acompañe!

MARI SÁNCHEZ

¡Adiós!

CORDALIA

Hasta mañana;
ya que, por hoy, mis pasos se han perdido.

Salieron por la lateral derecha, CENTENA, CRISTOBALONA y MARI SÁNCHEZ. CORDALIA quedó un instante viéndolas alejarse. Una campana lejanísima da una hora. Envuelta en su manto negro la GAIFERA se escondió tras un pilar. CORDALIA mira á todas partes, como para cerciorarse de estar sola, y lentamente, volviendo la cabeza, como quien comete una mala acción, se va aproximando á la verja del retablo.

Llegando allí, con una voz que parece suspiro y que al mismo tiempo denota desesperación, respeto, piedad y horror, después de una larga contemplación, hablando con la efígie de Satanás, y mientras unas manos misteriosas hacen sonar vagamente el órgano de la iglesia, dice:

Satanás, réprobo, ángel maldito:
en mi abandono te necesito.
Todos los días me has de escuchar,
porque con nadie me atrevo á hablar.
Bajé tan hondo que, desde el día que me marcaron con el puñal,
donde yo vivo, sólo tú vives y nadie más.
Sé cómo sangras por esa herida que ya, en la vida se cerrará;
sé cómo ruedas bajo esa planta, dogal al cuello, la eternidad,
desde que un día rodé, aplastada bajo otras plantas, el pedregal...
Nuestros dolores van tan unidos, nuestros martirios son tan iguales,
que no estoy sola,—ni tu lo estás.

No tengo hermanos sobre la tierra, según que todos me quieren mal; no tengo hermanos, y mis entrañas piden hermanos á quien amar! Si tú lo fueras, pienso que, al cabo, te salvaría con mi piedad. Toma, del cardo de mis dolores, la flor morada que brotará; y una vez, cuando vaya más sola, más sacudida del vendaval, vuelve á buscarme, como aquel día,
—la capa verde, la espada al lado, blanca la faz—
como aquel día que, entre dos rayos, te vi los ojos centellear.
Dime, pasando, que me agrades estas palabras.—No quiero más.
—Hoy estoys sola, mi pecho estéril, mi hija se muere: dí, ¿no vendrás?

La GAIFERA, como una sombra, se separa de su escondrijo al poco rato de empezar CORDALIA su oración sacerdotal; anda á pasos muy lentos hasta quedar á su lado; extiende sobre su cabeza las dos manos rígidas un instante y luego le da en un hombro, llamándola por su nombre.

GAIFERA

¡Cordalia!

CORDALIA

Con un estremecimiento de pánico.

¿Quién me llama?

GAIFERA

En un tono de voz compasiva.

Yo, hija mía;

colmaste la medida al sufrimiento y ha escuchado tu ruego *el que me envía*.

CORDALIA

Yo no he llamado á nadie.

GAIFERA

Y yo no miento;

piensa bien lo que dices, hija mía...
—De que naciste, una estrella contraria todos los pasos te sigue en la tierra; de que naciste, á su luz solitaria, toda tu vida es un campo de guerra.
De que naciste, la sombra de un hombre te echó en los hombros la mala fortuna; te quiero bien y no digo su nombre:

Señalando como antes por entre los arcos del claustro, el castillo de don Lope.

¡ve su cubil, al fulgor de la lunar
El, tu miseria; él, la horrible contienda de tu virtud con tus hambres ha hecho; él te hizo estéril la vena del pecho, con su puñal, al forzarte, en la senda...

CORDALIA

¡Calla!

GAIFERA

El aprieta, con dedos de sombra,
el cuello mustio, en la cuna, á tu hija...

CORDALIA

¡Calla!

GAIFERA

¡El la nombra, y después que él la nombra,
sale la muerte á rondar su yacijal!

CORDALIA

¡No!

GAIFERA

Porque tu que, en tu injusto castigo
la voluntad de tu ánimo acendras,
¡quieres que muera el odioso enemigo
antes que veas morir lo que engendras!
Tú le aborreces; si sólo en tu boca
la salvación de don Lope estuviera,
fuente sellada, castillo de roca,
¡jamás tu boca, en su gracia, se abriera!

CORDALIA

¡Jamás!

GAIFERA

Radiante; con transporte de júbilo
siniestro.

¡Así!—La cuchilla está, ahora,
marcando el signo, en su hocico de hiena.

CORDALIA

¡Señora buena, la buena señora,
que, por hablarme no más, ya eres buenal
Si fuiste madre una vez, no te hiere
la crueldad de mi lengua agresiva:
cuando hijo nuestro y de amor se nos muere
¡se le echa en cara á la tierra que viva!
¡No dudo ya!... Dime más... ¿de qué modo,
con qué cuchillo, al volver qué recodo,
podré alcanzarle la vena del cuello?
Soy pobre y sola; él es grande y honrado,
tiene un castillo en el cerro apartado,
de cada puente un rastrillo colgado,
¡todas mis fuerzas no bastan á ello!

GAIFERA

¡Llama en tu auxilio! ¡Destruye el cohecho

que pesa en ti! ¡Clava en tierra el cuchillo,
y cuando veas arder su castillo,
te correrán los raudales del pecho!

CORDALIA

Con esperanza que la transporta.

¡Sí?

GAIFERA

¡Pide brazo y por ello no quede
sin cumplimiento el castigo oportuno!

CORDALIA

¿Quién puede darme las armas?

GAIFERA

¡Hay uno,
que tu conoces, y todo lo puede!

CORDALIA

Comprendiendo; y precisamente
porque la solicitud de la poderosa
xarquina responde á un anhelo secre-
to de su alma.

¿Todo lo puede?... ¡oh, jamás!

GAIFERA

¡Y mañana,
sobre los paños del lecho vacío,
estará la florecica temprana
prietos los puños y muerta de frío!

CORDALIA

¡No quiero, no!

GAIFERA

Pues ¿qué harás?

CORDALIA

¡Lo que ordenes!

GAIFERA

Lo que tú sabes.

CORDALIA

¡Piedad!

GAIFERA

Fría y segura del efecto que producen sus palabras.

Ahora tienes,
mientras las dudas retardan tu idea,
¡toda la vida de tu hija y los bienes
de ella, en tus manos!

CORDALIA

Fuera de sí, con transporte.

¡Pues bien, sea!

VOZ DE ALEPO

En la obscuridad.

¡Sea!

Se ha hecho el oscuro absoluto. Únicamente brillan como dos pupilas sangrientas las dos velas del retablo, invisible. Se oye el chirriar de los goznes de la verja, abriéndose. En este instante se apagan, como si las apretaran dos dedos de sombra, las llamas de los cirios. Un rayo de luz amarilla, que se filtra por modo misterioso, ilumina la figura de ALEPO. Lleva oscuro todo el traje; al cuello, una especie de toisón hecho de grandes rubíes, engarzados en llamas de oro; la espada, de oro también, em-

puñadura y vaina; en el cinto, rubíes incrustados. El rostro idéntico al que se ha descrito al hablar de Satanás, en las figuras del retablo. El negro personaje avanza un paso.

ALEPO

¡Cordalia!

CORDALIA

Saliendo de la oscuridad y apareciendo junto a él, en el haz de luz verdosa, como con andar y acento de pesadilla.

¿Tú? ¿por fin?

ALEPO

Y para siempre. Has hecho mal en pedir mi apoyo. La piedad de tu pecho, como si yo no fuera yo, Cordalia, me tenía suspenso, en las tinieblas que ella sola rompía; toda la eternidad me la llenaba el ruido de una lágrima; estaba maravillado en ella, como un niño en la única claridad de una estrella; y en mi pecho, que agota la desesperación, dejó un rastro, que casi me vale un corazón.

CORDALIA

Señor...

ALEPO

Ya sé que quieres mi apoyo; nunca he sido
remiso en acudir á un llamamiento humano;
sé que el hombre da y pide con una misma mano
y sé que sirve para ser, á su vez, servido.
Vas á cobrarte el precio de mi agradecimiento;
no lo escatimo; cóbrate como quieras; no cuento.

CORDALIA

Tu lengua es una daga fría

ALEPO

Que tú has buscado.

CORDALIA

¿Pues tú, para qué vienes hasta aquí?

ALEPO

Me has llamado.

CORDALIA

¿Yo, señor?

ALEPO

¿No recuerdas? Requerías mi espada
para un lance de fuerza; de un mal nacido artero
que, sin oír tus quejas, te ultrajó en un sendero,
tenía que vengarte.

CORDALIA

Señor...

ALEPO

Serás vengada.

CORDALIA

Señor, yo no recuerdo que nunca te haya hablado;
yo no te he dicho nunca "véngame".

ALEPO

¿Lo has pensado?

CORDALIA

Si.

ALEPO

¿No basta?

CORDALIA

No sé... fué un pensamiento apenas
tan cortol como un rayo, fué y no fué, de repente.

ALEPO

Cordalia; el mundo con todas las cosas buenas
que encierra el mundo; el aire que lo envuelve; el torrente
de las aguas, que han hecho sus campiñas amenas;
el trigo, el pan, el mundo de goces y de penas
también fué un pensamiento—muy corto—en una frente;
y todos ellos guardan ese dejo fecundo
de la primera frente que, pensando, hizo un mundo.
Cada vez que me hablabas me tenías al lado,
n vengo á la tierra porque tú me has pensado.

CORDALIA

Señor, mi hija se muere sin tu auxilio, ¿has oído?

ALEPO

Cordalia, está en mi mano su salvación; herida

puedo curarla; exánime, retornarla á la vida;
aún dirás "esto quiero" cuando estará cumplido.
Qué me ofreces en cambio? Piensa que, en este instante,
como un río al que un dique le cierra el paso airado,
tu futuro en mis manos se quedará estancado:
¿me das tu alma?

CORDALIA

¿Y tan pobre cosa será bastante?

ALEPO

Responda, por mí, el hecho; mira una luz, en el hosco
del monte; son las llamas que enrosco y desenrosco
como serpiente cuya mordedura es mi ofrenda,
al cuerpo del verdugo que te ultrajó en la senda.

En la oscuridad se abre como una
herida un punto luminoso.

CORDALIA

¡No sueño!... ¡ardió el castillo!... ¡salva estás, hija mía!
¿qué nueva vida llena mi pecho?

ALEPO

Es el amor.

CORDALIA

¡Como un corazón late cada vena, hija mía!
¿quién desató las fuentes de la vida?

ALEPO

Mi amor

CORDALIA

Tratando de alejarse. ALEPO la tiene medio asida.

¡Mi hija espera!

ALEPO

Reteniéndola.

Antes, oye.

CORDALIA

¡Mi hija espera!

ALEPO

Después!

Haciendo lo que dice.

Este rubí en tu mano,
como cadena que atan del esclavo á los pies,
como aro de halconero que retiene al milano,
te hace mía y la prenda, entre nosotros, es.
Mañana, cuando dudes como hoy, que te he amparado,
mañana, cuando dudes como hoy, que me has hablado,
por mí, en tu propia mano, responda este joyel;
eres mía y mi anillo te doy de prometida;
si otra vez nos volvemos á encontrar en la vida,
por él te reconozca; tú acógeme por él.

CORDALIA

Señor, al bien que me hizo tu mano agradecida,
si otra vez nos volvemos á encontrar en la vida,
para que te recuerde, mi pecho ha de bastar;
como toma la forma del cuchillo la herida,
tomó mi alma tu imagen y no puedo olvidar.
A los pies de la choza donde habito en el monte,
rampa un sendero, más agrio que mi destino:
desde hoy, pasaré el día mirando el horizonte,
para ver si te veo venir por el camino...
Si es verdad que te debo mi alegría en la tierra,
todo el bien que haga en ella lo haga por ti, señor;
nadie cuenta los frutos que una semilla encierra
y hoy sembraron tus manos en tierra de dolor...
No descuentes los frutos, que es mala profecía;
si diste la semilla yo te daré flor;
y tú ignoras el bien que puedo hacerte, un día;

porque tú, aborrecido de todos ¡todavía
no sabes qué es amor!

Una pausa. ALEPO hace esfuerzos por contener una emoción que, a pesar suyo, manifiesta; tiende entonces su mano hacia el fondo de la escena, como señalando y dice á CORDALIA:

ALEPO

¡Vel

CORDALIA

Señor, mi hija llora; ¿por dónde va la senda?

ALEPO

Sigue andando ¡adelantel piensa en mí; cuando llegues
su primera alegría resérvame en ofrenda...

Desapareció CORDALIA; ALEPO repentinamente, con forzado cinismo para triunfar de su emoción, acaba.

—y si un día te pido su alma, no me la niegues.

Asegura su puño en el de su espada y añade:

A este paso los huesos me dejo en Agrellano;
¿puestanto—hasta conmigo—puede el amor humano

que casi lo agradezco?... ¡Bien perdí mi jornada!
—Mañana á Italia: quiero robar, para mi mano,
los sellos y el anillo de un Cardenal romano:
¡mala tierra Castilla, donde todo es espada!

Desaparece en la oscuridad. La voz de CORDALIA suena como un suspiro, mientras se va haciendo la claridad blanca del día.

CORADLIA

¿Qué quieres tú, que me abrazas y ríes?
¡hija mía, hija mía!
¿qué quieres tú, que me abrazas y ríes?
¡mi vida sí, pero no sus rubíes;
puede volver á buscarlos un día!

La luz de la mañana inunda el claustro; se ve la verja del retablo completamente abierta. CORDALIA está tendida en los peldaños que conducen á ella, como desmayada. En el retablo, un hueco donde estuvo la figura de Satanás, que falta de allí. Por la puerta de la iglesia, aparece MÁSTE BLAS soñoliento, restregándose los ojos; sus llaves de sacristán, colgando del cinto. Extrañado, inquiere y examina lo ocurrido.

MÁSTE BLAS

¡La verja abierta! ¡y falta una figura!
¿han robado al demonio del retablo?...

Después de puntualizar y ver cuál es la figura que falta, encogiéndose de hombros.

¡Bah, invierno y leña viejal... —si procura calor á alguna pobre criatura, ¡que lo queme, para eso es el diablo!

A CORDALIA, sacudiéndola.

¡Eh, la durmientel ¡hermana!
¡a casa, á casa, brujal... ¡es la mañana!

Empieza á despertar CORDALIA, cuando cae el telón; la mañana está ya espléndida.

TELON

ACTO PRIMERO

Una vieja sala abovedada en el castillo en ruinas de don Lope de Arráez, el morisco. El incendio que lo consumió, va á hacer quince años, dejó únicamente en pie los muros gruesos, cuyas ojivas sin cristales y cuyas quiebras y hendiduras dan paso á toda la desolación del monte yermo. Parecen sitios sobre los que ha pesado una suprema maldición.

Mil patrañas y leyendas se cuentan acerca del sinietro que acabó con el castillo, en tiempos del riquísimo don Lope. La Gaifera, que fué mujer del mal señor, es la única superviviente del desastre. Pericieron en el incendio todos los servidores y familiares del castillo junto con su dueño. La Gaifera, en quien recayó el cuantioso caudal de don Lope, mandó reconstruir un ala del castillo suntuosa y ricamente. Y allí vive; sentando á su mesa á todos los señores del contorno, en orgía, profanas y sacrílegas.

En una de las salas derruidas del castillo, dejando que la reparasen como podían con su pobreza, dió la Gaifera cobijo á Cordalia y su hija, que contará quince años cuando este acto comienza. En otras habitaciones arruinadas del castillo dió también amparo y vivienda á Maste Blas y su hija Escorpina; Mari Sánchez, Quitéria y Centena.

De la destartada sala central, que se representa en la escena y donde antiguamente estuvo el salón de ho-